

El perro que se escapó

PALOMA RAMOS

El primer encuentro con un paciente, cómo sea que llegue, traiga la historia que traiga, siempre atraviesa la puerta del consultorio, da unos pasos y se sienta en dónde su instinto le diga “ahí, siéntate ahí”. Un encuentro que comienza después de que volteas o no a ver tu consultorio, cuando su cuerpo se deja caer sobre el sillón o cuando se sienta cuidadosamente como con miedo de abarcar un lugar desconocido. El primer hallazgo de un paciente lo podemos descubrir en el movimiento incesante de sus pies, en la calma perturbadora de su cuerpo, en la ropa perfectamente combinada; somos testigos de si llega y avienta su mochila por allá o pone cuidadosamente la bolsa o mochila a su lado, protegiéndola; nos susurran obsesión sus zapatos pulcros o esos *Converse* que solitos podrían cantarnos rebeldes historias.

Les quiero contar en qué circunstancias me encontré con Gabriel, un chico de 20 años que me mandó un mensaje pidiéndome una cita en pleno inicio de la cuarentena. A la hora de su entrevista me escribe que si podía él estar en la cochera, pues había perdido sus llaves y no podía entrar a su casa. Le dije que claro que sí, ya, después de todo, uno se adapta porque se adapta. Sentí una extraña familiaridad en cuanto respondí su llamada. Me relató su historia con una voz triste, cansada. No veía su cara completa, primero un ojo, luego el otro, luego un cachete, se asomaba su oreja, luego el cabello despeinado, luego su boca que decía tenues palabras que yo podría resumir de esta manera: “Estoy perdido, no tengo ningún lugar, se me va el aire y luego ni cuenta me doy cuando se me pasa, estoy profundamente solo, pero eso sí, soy el más luchador de todos, y si estoy de pie es por la

fuerza que hay, pero se me está acabando”. Como muchos, iniciando la pandemia perdió su trabajo, pero rápido consiguió otro. Terminando la entrevista dijo con su voz firme, como de esas frases que se dicen de licenciado a licenciado: “¿Cómo te vas a manejar con esto de la pandemia?” Yo creo que tartamudeé unas ocho veces porque no tenía idea, y entonces me pregunté: ¿Cómo me voy a manejar con esto de la pandemia? Le respondí pura formalidad, ya saben, desde la razón que nunca nos abandona cuando en realidad no tenemos ni idea.

La segunda sesión me marcó desde la banqueta; estaba correteando a su perro porque se le había salido. “Perdón, Paloma, es que se salió el perro, si se pierde, mi abuela me mata.” Entre chiflidos y una cámara que parecía película en plano-secuencia, comenzó el segundo encuentro. Lo acompañé desde la pantalla por su *rottweiler*, lo metió a su casa y continuamos con la sesión. La tercera vez me llamó por teléfono desde un parque, ya que no sentía tanta privacidad en su casa. A lo lejos se escuchaba un silbato que pitaba de vez en vez; al inicio no le tomé importancia porque sentía que Gabriel estaba conectado, relatando con una voz bastante honesta cómo fue conocer a su padre a los 13 años e irse a vivir con él a otro continente, ya que su madre no pudo mantenerlo más. Yo sentía el corazón muy apachurrado, el alma partida con este relato hasta que me desconcertó escuchar su grito: “¡Eh, fue fuera, yo la vi!... perdón, Paloma, es que están jugando vóley”. ¿Qué pasa que Gabriel no puede tener las llaves para algún espacio interno, un lugar seguro? Así cómo el perro escapó, ¿de qué cosas ha tenido que escapar Gabriel?, ¿de

tanta angustia?, ¿de tremendo abandono que no ha podido pensar?, ¿de todo el coraje que tiene tanto miedo de sentir? Si se pierde el dálmata su abuela lo mata. ¿No es Gabriel el que se ha sentido morir cada vez que la sensación de estar sumamente solo lo arrasa? ¿Qué partida está viviendo Gabriel que, como ese balón, ha quedado fuera? Viviendo con su padre fue testigo, de nuevo, de que no pudo tener seguridad con él, no pudo quedar dentro, pues se la pasaba drogado o borracho y consiguió trabajo para pagar su vuelo de regreso a México.

Todas estas preguntas, y muchas más, han llenado la línea virtual en donde nos conectamos dos veces por semana. Con él, más que con otros pacientes, sien-

to la urgencia de tener el espacio, como si las cuatro paredes a mí misma me dieran certeza de que tengo un lugar para él. Sin embargo, junto con él, he pensado en que los espacios son internos y que más vale aguantar la angustia de no poder vernos, de no poder asegurar que hay un contacto en lo concreto. Ese momento en donde comenzamos la sesión persiguiendo al perro me pareció más enriquecedor que si hubiera llegado a sentarse temeroso en la silla del consultorio; es oro molido, es un regalo que nos ha venido a traer tanto caos, el regalo de poder estar en vivo de otra manera, pero conectados al fin. Con la ilusión de que pronto, aunque no sea tan pronto, podremos vernos en persona.

Compás de espera. Mi consultorio y yo

GABRIELA MACHUCA

A todos mis pacientes:

Hasta ahora, hasta este punto...he podido atravesar la pandemia gracias a los encuentros contigo, porque me has hecho entrar en tus tormentas, que repercuten en las mías. Así y solo así se cruzan los silencios y las mareas para poder llegar a...
Gracias.

Esta lluviosa mañana abrí la puerta y recorrí su espacio. Volví a sentir el aroma a cuero del diván. Me senté despacio en mi sillón suave y a veces terco, cuando no encuentro postura y tengo que poner un cojín para recargar la espalda. Su tela es clara, suave y agradable, sus porta-brazos me sostienen bien... sostienen mis brazos. Sillón en el que escucho y experimento emociones, sensaciones que hacen sonar las cuerdas de mi cuerpo y de mi alma, con las palabras y presencia de ellos, mis analizandos. Vi el florero que alegra el rincón de la mesita; una muñequita de barro que a una de mis analizandas le hace hablar de su tristeza y le ha puesto por nombre Estrella, ahora parece estar atenta de la llegada de ella, con sus ojitos muy abiertos y su rebozo desde la cabeza. Una lámpara *vintage* da calor al universo de